

ALFAGUARA



Rodrigo Rey Rosa

1986

Cuentos completos



Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Nota del autor](#)

[El cuchillo del mendigo \(1985\)](#)

[La entrega](#)

[La señal](#)

[El camino se dobla](#)

[La salida del sol](#)

[El monasterio](#)

[El hijo del brujo](#)

[Una creencia popular](#)

[El lecho del río](#)

[El Hijo y el Padre](#)

[La llave perdida](#)

[El cuchillo del mendigo](#)

[Informes de Cahabón](#)

[El corazón de dios](#)

[La lluvia y otros niños](#)

[Un gato amarillo](#)

[Nueve ocasiones](#)

[Sueños repetidos](#)

[El animal](#)

[Un prisionero](#)

[El cuarto umbroso](#)

[El vidente](#)

[El agua quieta \(1989\)](#)

[La prueba](#)

[Polvo en la lengua](#)

[La razón](#)

[El entierro](#)

[El agua quieta](#)

[Coralia](#)

[El pagano](#)
[Angélica](#)
[El huésped](#)
[Gente de la cabeza](#)
[Xquic](#)
[Cárcel de árboles.\(1991\)](#)
[Prólogo](#)
[Cárcel de árboles](#)
[Epílogo](#)
[Lo que soñó Sebastián.\(1994\)](#)
[La peor parte](#)
[Cabaña](#)
[Ningún lugar sagrado.\(1998\)](#)
[Nota](#)
[El Chef](#)
[Poco-loco](#)
[Negocio para el milenio](#)
[Hasta cierto punto](#)
[Vídeo](#)
[Ningún lugar sagrado](#)
[Coincidencia](#)
[La niña que no tuve](#)
[Otro zoo \(2005\)](#)
[Otro zoo](#)
[Gracia](#)
[El hijo de Ash](#)
[Finca familiar](#)
[Siempre juntos](#)
[Otros cuentos](#)
[Entrevista en Ronda](#)
[Desventaja de la santidad](#)
[1986](#)
[Gorevent](#)
[Sobre el autor](#)
[Notas](#)
[Créditos](#)

Nota del autor

Después de leer la colección, y suprimidas algunas piezas que no tenían remedio, no veo otro camino que entregar estas páginas casi intactas a la imprenta, con una nota de resignación. Espero que caigan en manos de algún lector que las inspeccione con el grado de atención que un reo podría pedirle al proverbial magistrado de buena fe que va a examinar su causa. Ojalá este o aquel rasgo sirvan para despertar indulgencia.

Debo a mis amigos que se esforzaron en la lectura de un aprendiz de cuentista hace veinte, treinta años, la supresión de algunos errores, excesos y defectos que no han migrado a este volumen. Sigo siendo ese aprendiz. Espero seguir siéndolo por algún tiempo. Nuevos errores, sin duda, habrá en los nuevos cuentos. He aprendido, entre otras cosas, que los errores son inevitables y tal vez necesarios. En cierta manera, no importan. «Importa el exaltado, y tranquilo, y alegre, trabajo de la imaginación.» La sentencia, que cito de memoria y sin duda de forma, es de Bioy.

Salvo «El monasterio», escrito en Guatemala, y los muy breves «La lluvia y otros niños», «El Hijo y el Padre», «Un prisionero» y «El vidente», escritos en Nueva York, las piezas reunidas en *El cuchillo del mendigo* las escribí en Tánger. Muchas de éstas son menos cuentos que poemas en prosa y algunas parten de imágenes recibidas en sueños. En ese tiempo la tesis de Borges de que los sueños son la primera creación estética del hombre era el principio fundamental de mi dudosa poética. Las pesadillas que pasaron a la página son residuo de los miedos básicos de un adolescente educado en un país dividido por odios atávicos.

El agua quieta está compuesto de cuentos menos herméticos que a veces buscan una solución a *lo fantástico*, o,

para ser más preciso, a lo portentoso solamente. Fue también en Tánger donde incurrí en la escritura de estos cuentos, en una buhardilla del barrio popular de Emsallah, donde vivía entonces en condiciones sumamente incómodas y cuyo recuerdo, hoy, es placentero.

No sé si *Cárcel de árboles* deba leerse como un cuento. En cualquier caso, es uno de mis primeros intentos de narración prolongada. Ahora el agente del miedo no es invisible y lo temerosamente fantástico se transmuta en ficción científica, o más bien quirúrgica. El poder organizado es el origen de la clase de terror que lo informa.

«La peor parte» y «Cabaña», publicadas originalmente con la novela corta *Lo que soñó Sebastián*, fueron escritas en Livingston y Petexbatún, Guatemala, en 1992. Buena parte de la selva que registran ha sido convertida en tierra arada o en territorio narco.

Las piezas de *Ningún lugar sagrado* son experimentales. En algunos de estos ejercicios me propuse trazar un paisaje de la ciudad de Nueva York, donde viví varios años. Todo lo que escribimos es, en cierto aspecto, un autorretrato. El efecto no es halagador. La fealdad del sujeto puede quizá perdonarse por la variedad formal del conjunto.

Otro zoo es la colección por la que menos temería ser juzgado como cuentista, si alguien creyera necesario juzgarme. El tema dominante de los cuentos no es, como puede parecerlo, la infancia desprotegida, sino la paternidad desorientada.

Escribí «Entrevista en Ronda» en 1990, durante la primera temporada larga que pasé en París. Si creyera en la telepatía diría que Miquel Barceló me envió por este misterioso medio el encargo de escribirlo; al mismo tiempo que yo redactaba mi entrevista con un torero en su estudio de la calle David d'Angers, él pintaba sus cuadros taurinos en Mallorca, sin saber uno lo que estaba haciendo el otro. El cuento apareció originalmente en compañía de los cuadros del maestro mallorquín en *Toros*, publicado por Bischofberger en Zúrich en 1991.

«Desventajas de la santidad», escrito también en forma de entrevista, es del mismo año que el anterior. Sirvieron de estímulo remoto para estos cuentos las *Interviews imaginaires* de Gide y otro libro de entrevistas que leí en París por aquel tiempo, *Propos sur l'Art* de Édouard Roditi. El cuento de Santa Rosenda la Joven es además un modesto homenaje a Paul Bowles y alude a «Visita inoportuna», cuya protagonista es una santa española más antigua. Apareció en 1992 en un tributo colectivo titulado *Paul Bowles visto por sus amigos*.

El ambiente y la trama de «1986», escrito en el 2013 por encargo de la revista *McSweeney's* para una colección de «literatura criminal latinoamericana», provienen de una serie de entrevistas realizadas para un trabajo cinematográfico emprendido ese mismo año en Izabal, Guatemala. No es poco común que las entrevistas más prometedoras planeadas para trabajos documentales no lleguen a filmarse; tal el caso del desdichado y audaz hondureño del relato, poeta por temperamento y criminal por necesidad, de quien oímos hablar durante la investigación pero a quien no llegamos a conocer. Los detalles circunstanciales son de mi invención. El crimen incendiario que cierra el relato pertenece a la categoría de «hechos reales».

Escrito este año, «Gorevent» se origina en una nota roja, igual que otros cuentos anteriores como «Poco-loco» y «El hijo de Ash». No he examinado —ni me veo haciéndolo— qué clase de impulso me llevó a redactar estos textos, que ahora me resultan en cierta manera repulsivos. No sé si esta última entrega merezca la indulgencia del lector; y tampoco estoy seguro de que la clase de violencia absurda que representa esté justificada en la página por el hecho de haber sido ejercida en la realidad. Lo doy a los editores con hartas reservas.

El cuchillo del mendigo

1985

La entrega

La luz del cuarto estaba encendida. Eran las cuatro y media de una mañana de diciembre. Lo despertó la voz de un viejo amigo de su padre que le gritaba desde fuera: «Llamaron. Dicen que vayas a la plaza de Tecún». Él no respondió, se incorporó en la cama, se pasó la mano por la cara y el pelo, y se volvió a acostar, para quedar inmóvil, la mirada fija en el techo. Luego se descubrió y se levantó con rapidez; estaba vestido. Revisó su billetera y se agachó para sacar un bulto de debajo de la cama: una bolsa de viaje negra. Tanteó su peso y se la echó al hombro. Apagó la luz, salió del cuarto y bajó las escaleras con olor a madera recién encerada. Cruzó una antesala y siguió por un corredor. El hombre que lo había despertado lo aguardaba en el zaguán, con una sonrisa compasiva, pero él pasó a su lado sin hacerle caso y salió por la puerta. «Como un sonámbulo», pensó el otro. En el garaje había un automóvil gris. Metió la bolsa en el baúl, se puso al volante y arrancó.

Las calles estaban desiertas. Se dio cuenta de que había llovido, y de lo familiar que le era el reflejo de los faros y las luces verdes y rojas sobre el asfalto mojado; se dio cuenta de que temblaba de frío. «La plaza de Tecún», se dijo, y sonrió mecánicamente. «¿Por qué me da risa?» En vez de buscar la explicación, hizo un esfuerzo por dejar de pensar; se concentró en el momento presente. Poco después dobló a una avenida muy iluminada; ahora que la recorría él solo, imaginaba un túnel enorme. No sentía angustia; lo que estaba haciendo había sido ordenado por una fuerza indiscutible, una de esas cosas «más importantes que la vida misma».

El trayecto hasta la plaza de Tecún fue de cierta manera placentero; reinaba el silencio, y había logrado mantener

en paz sus pensamientos. Era como revivir una noche lejana; se observaba a sí mismo como quien observa un rito, con inocencia, con una especie de temor. Cuando llegó a la plaza se vio impresionado por la silueta de la estatua. Estacionó lentamente y encendió una linterna. Anduvo hasta el pedestal y notó que la lanza y los gigantescos pies de la estatua estaban corroídos por el óxido. En el suelo había una piedra del tamaño de un puño cerrado y, debajo, un papel blanco. Levantó la piedra y tomó el papel. De vuelta en el auto, lo desdobló rápidamente. Leer las palabras ahí escritas fue como pronunciar una fórmula. (El futuro inmediato y el pasado inmediato irrumpieron como agujas en la burbuja artificial del momento presente.) «Conduzca a cincuenta kilómetros por hora. Baje las cuatro ventanillas. Siga la línea roja indicada en el mapa.»

Al dejar de analizar sus propias reacciones, había conseguido no imaginar la apariencia de las personas que gobernaban su destino, pero ahora sus reflexiones incluyeron la presencia de una voluntad humana; comenzaba a entrever sus facciones. Examinó el mapa; la línea roja era una callecita que daba a la plaza. Bajó las ventanillas y siguió.

Mientras avanzaba calle abajo, iba aumentando su aversión; los canales de su memoria refluían. Aunque las circunstancias no dejaban de parecerle extrañas, fue adquiriendo la sensación de que llevaba a cabo una rutina. La línea que representaba su camino convergía al final con la calle del mercado. Se vio obligado a conducir más despacio; hombres cargados con costales y cajas cruzaban la calle taciturnos, parecían que andaban con los ojos cerrados. Volvió a mirar el mapa, y se estacionó frente a un puesto de verduras. Un hombre salió de detrás de unos toneles blancos que estaban en la acera y le hizo una seña. Él abrió la portezuela trasera, y el extraño, seguido por otros dos hombres, subió al auto. Nadie dijo nada. Él estaba pálido, y aún temblaba de frío. «¿Adónde?», preguntó. «¡Adelante! ¡Adelante!», le ordenó una voz desde atrás.

No había salido el sol, pero ya estaba claro. La calle fue despejándose de gente. «Vamos más rápido», le dijeron.

Atravesaron la ciudad en dirección al norte. Conducía con calma; se daba cuenta de todo al avanzar. Veía pasar las puertas, las ventanas y los muros, y luego las arboledas y el paisaje a derecha y a izquierda del camino, pero nada entraba en su conciencia. Imaginó la cara de un hombre rayada por la línea roja del mapa; era como una forma producida por un mago, y así, inesperadamente, desapareció. «Ya está lejos la ciudad», se dijo.

Uno de los hombres habló: «Deténgase bajo esos pinos», y señaló a la derecha del camino. Le fue necesario frenar con violencia. Entonces advirtió que un auto blanco se acercaba en sentido contrario; se detuvo junto a ellos. Le ordenaron que se bajara y, a empujones, le hicieron subir al otro vehículo. Cuatro manos le sujetaron los brazos y alguien le puso unos anteojos velados. Oyó una voz agria que decía: «Sí, es el dinero». Se oyó el sonido explosivo del baúl al cerrarse. Hubo un rechinado de neumáticos, y él comprendió que se llevaban su auto. «Ya tienen lo que querían», pensó. «¿Por qué me hacen esto?» Luego, lentamente, el auto en que él estaba empezó a andar. «¿Qué pasa?», preguntó. La respuesta fue un golpe seco en la región del hígado. Sintió náuseas, quiso doblarse hacia adelante pero se lo impidieron: vomitó un poco de saliva y un líquido amarillo. Después olió alcohol, y sintió una fricción fría en la nuca. «Lo vamos a dormir», le dijeron, y lo sorprendió el pinchazo de una aguja. «Van a matarme», dijo en voz alta. Se le nubló la vista, oyó un zumbido intenso. Quiso decir algo, y vio que no podía articular. Los dos hombres que estaban a su lado lo acomodaron a los pies del asiento y lo cubrieron con una manta verde. Su mejilla botaba contra el suelo del auto y lo abrumaban las vibraciones del motor. Advirtió que su respiración perdía fuerza, y en sus adentros sintió: «Estoy muriendo». Sus ojos estaban abiertos, pero el contorno de las cosas era irreal. «¿Adónde me llevarán? —se preguntó—, si ya no hace falta que vaya a ningún sitio».

Se dirigieron a la ciudad. Tomaron por una de las vías principales, doblaron dos o tres esquinas, y entraron en una

casa con un jardín grande y bien cuidado. Entre tres hombres lo metieron a la casa, y lo llevaron a un cuarto subterráneo. Allí había un catre de tijera, un cubo de agua y un rintero de libros. Lo acostaron en el catre, y uno de ellos, el más joven, se sentó en una silla junto a la puerta. Los otros salieron y corrieron el cerrojo por fuera.

Permaneció inconsciente durante mucho tiempo. Abrió los ojos y movió lentamente las pupilas. «El infierno», pensó, y el pensamiento resonó y resonó en su interior, pero cada vez más débilmente. Intentó mover una mano y no lo consiguió; le parecía que su corazón descansaba largamente entre latido y latido. No le fue posible elaborar otra frase; las ideas aparecían y desaparecían, una tras otra, inconexas.

Era ya de noche cuando alguien bajó corriendo las escaleras del sótano, dio dos golpes a la puerta, descorrió el cerrojo y entró. «Los agarraron —le dijo al que hacía guardia— con el dinero. Tenemos que sacarlo de aquí». Entre los dos lo levantaron del catre, lo subieron al garaje, lo volvieron a meter en el auto. Arrancaron y salieron a la calle. Cruzaron la ciudad con precaución y tomaron la autopista del oeste. Después de andar unos minutos, estacionaron en una curva muy abierta. Lo sacaron del auto y lo pusieron boca abajo en el asfalto. El joven se acuclilló a su lado y dijo: «Yo creo que está muerto». Se sacó un revólver del cinto y, sin mirar, hizo fuego. Por el lado del norte relampagueaba.

Más tarde, cuando abrió los ojos, una luz intensa lo encandiló. Miró a su alrededor, y vio que las paredes giraban. Una mujer vestida de amarillo se le acercó, le tocó la mano, se inclinó sobre él, le pasó los dedos suavemente por el pelo. Sus labios se movieron, pero él no la pudo oír. La miró en los ojos, y le pareció que sus cuencas estaban vacías. «Son bonitos», pensó, y trató de decírselo, pero las palabras quedaron en su boca. La mujer le puso los dedos sobre los párpados y se los cerró. Le acarició la cara y el dorso de las manos, y se apartó de él. Él sintió un estallido en el tórax. Una voz le preguntó: «¿Estás dormido?» Él asintió

mentalmente, pero «Estoy muy despierto», pensó para sí. «¿Sabes quién soy?», siguió la misma voz. No trató de responder, pero comprendió que era su mujer. La habían liberado. Luego sintió otro golpe: un sonido débil. «Es mi corazón», pensó, y para sus adentros: *Es suficiente. Que se detenga.*

Para mis padres

La señal

La primera vez me sucedió en T., ciudad que creen misteriosa quienes no la conocen y quienes la conocen mejor. Amanecí, y me miraba en el mal conservado espejo del cuarto de baño en el piso superior de la Villa Sadi-Sahda, cuando noté el arañazo que me señalaba el rostro. Quise hacer memoria, pero no recordaba haberme herido la noche anterior, y si lo había hecho durante algún sueño, el sueño se había borrado por completo. Dos días tardó la señal en desaparecer de mi mejilla.

La segunda vez, siete noches después, estaba en M. Me desperté con un arañazo semejante, y sin el más débil recuerdo de un accidente o sueño alguno que lo explicara. Pero esta vez, acaso movido por la extraña sensación que el aspecto de la herida me causaba, me resolví a encontrar el motivo y a descubrir la manera en que se había producido.

Comencé por imaginar que yo mismo, en medio de una posible pesadilla, pude haberme señalado el rostro. Pero me parecía imposible que, dormido, hubiera conseguido producir dos heridas idénticas: una línea que comenzaba justo bajo el centro de mi ojo y bajaba, haciéndose más profunda, formando una media luna que terminaba junto a la comisura de mis labios. Así señalado, me resultaba embarazoso hablar con cualquiera, aun con los desconocidos.

Durante el viaje entre M. y G., decidí ir a hablar con un viejo amigo sobre mi problema. Cuando le hube narrado el caso, se sonrió. Y sin embargo, accedió a pasar conmigo las noches siguientes, para vigilar mi sueño. Nueve noches permaneció a mi lado, sin observar nada extraordinario. Pero la primera mañana cuya noche pasé solo, la señal apareció de nuevo. Así que fui a su casa para mostrársela. Des-

pués de examinarla, prometió que volvería a velar mi sueño. Se acomodó en la habitación contigua, y me pidió que hiciera un pequeño agujero en la pared divisoria, para que, según me explicó, pudiera observarme sin que su presencia afectase la posible actividad subconsciente durante mi sueño. A lo largo de veintisiete noches sin fruto me veló con perseverancia, y al cabo de este período ambos nos dimos por vencidos. Y otra vez, la segunda noche que pasé solo, la señal se produjo, aunque ahora con una variante: en lugar de la curva descendente, era una U invertida, justo bajo el ojo.

Estaba claro que una segunda persona, incluso oculta, impediría que el misterioso signo apareciera en mi rostro; así que renuncié a la idea de pedir ayuda externa. No salí de la casa aquel día; no quería ser visto por nadie, y me encerré en el cuartito que me servía de estudio, decidido a resolver el problema. Sólo una cosa sabía: la respuesta la tenía que encontrar yo solo.

Resultaría tedioso describir los diversos medios que ideé para mirarme a mí mismo mientras dormía, y reconozco que la idea misma era tan absurda, y tan monótona la busca abstracta a la que me había entregado, que, reclinado sobre el escritorio, me vi vencido por el sueño. Lo que soñaba no era sino la prolongación del asedio producto de mi obsesión. En el baño había un espejo circular, y soñé que lo descolgaba de la pared para llevarlo a mi cuarto. Tomé varios libros de la librería y con ellos levanté una columna para apoyar el espejo, de manera que, estando yo tendido en la cama, podía ver mi reflejo de cuerpo entero. Luego saqué dos pinzas de una cajita y, no sé cómo, las apliqué a cada uno de mis párpados, de suerte que me era imposible cerrar los ojos. Me quedé dormido con los ojos abiertos, y me miraba en el espejo oblicuo. Entonces oí algo, como el aleteo de un pájaro. Era algo sin forma claramente definida, una nubecita con garras, lo que vino a golpearme la cara. Inútilmente forcejeé, tratando de juntar los párpados. Y entonces, desesperado de mi propia impotencia, me desper-

té. Mientras reconstruía el sueño, me fui librando del miedo.

Más tarde por la noche, recostado en la cama, creyendo que así pondría fin al misterio, empecé a escribir este informe. Y no obstante, dos mañanas después, ahí tenía la señal, ahora inesperada, una letra U invertida debajo del ojo.